

Nombre y apellido: Matías Javier Romani

D.N.I.: 25.787.883

Dirección: Quintana 557, Villa Ballester, Provincia de Buenos Aires

Código Postal: 1653

Teléfono: 4 - 764 - 6143

Institución: Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

E- mail: matias_romani@hotmail.com

Título de la ponencia: *La ciudad disciplinaria*

ABSTRACT

Las tradiciones sociológicas posteriores a los clásicos han demostrado poco o ningún interés en torno a la problemática urbana. El problema de la ciudad moderna como escenario de las relaciones sociales y de los sedimentos que se filtran a partir de ellas e imprimen características distintivas a la forma espacial ha permanecido, durante muchas décadas, en los márgenes teóricos de la Sociología.

La ciudad disciplinaria propone una mirada teórica y a la vez histórica del problema de la organización espacial en el marco de las ciudades modernas. Desde una perspectiva que enfatiza el cambio en las estrategias urbanas, disposiciones espaciales, médicas y gubernamentales, a partir de la aparición de la cuestión social y la formación de una sociedad de masas. Desde un marco teórico que enfatiza una mirada foucaultiana, se indaga en el proceso de transformación de la organización urbana de la ciudad de Buenos Aires a fines de siglo XIX, como expresión de la emergencia de nuevos dispositivos de poder que enfrentan novedosos problemas (masificación - nomadismo - inmigración).

El cambio en la estrategia espacial que se vislumbra durante este período, con el auge del higienismo y las intervenciones gubernamentales, no es más que una respuesta en los niveles del saber y de las prácticas del proceso en donde se modifica lentamente toda una economía del poder que prioriza la vigilancia y la corrección de los sujetos.

La ciudad disciplinaria

Matías Romani

En la obra arquitectónica han de quedar de manifiesto el orgullo, el triunfo sobre la fuerza de gravedad, la voluntad de poder; la arquitectura es una especie de elocuencia de poder expresada en formas, que unas veces convence e incluso adula y otras se limita a dar órdenes.

Friedrich Nietzsche: *El ocaso de los ídolos*

I. ESTRATEGIAS DEL ESPACIO

La ciudad aparece en Foucault de una manera recurrente, pero también ambigua. Silencio concertado con roces furtivos tienden a mezclarse aleatoriamente apareciendo en cada avenida por la que transitan sus páginas. Colmada de alusiones como de ilustración teórica, el problema de la ciudad persiste incansablemente como objeto y condición de innumerables prácticas, de un amplio caudal discursivo por el que se filtra la tenue luz de una cierta economía espacial.

Lugar de observaciones sistemáticas y heterogéneas, la ciudad se convierte en un enorme campo de interrogación, cruzado por un conjunto de miradas que encontrarán en ella su objeto, su posibilidad y su dominio. Un cúmulo de discursos de las más diversas disciplinas comenzará a hablar su lenguaje, intentarán delinear su rostro con sus sueños y temores. Debemos situarnos allí, en esos espacios vacíos donde comienza a emerger un discurso urbano, indagar aquellas formas mudas por las cuales se constituye un saber propio del territorio, donde el poder se lanza a la conquista del espacio.

He aquí nuestro problema: analizar las transformaciones que se producen en el plano de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. Circular por sus calles, reconocer sus marcas y trazos, indagar en esa difusa y oscura constitución de una ciudad disciplinaria - ciudad obrera¹ para Foucault- enigma y horizonte que articula en su seno, mecanismos disciplinarios de control sobre los cuerpos junto a una serie de mecanismos reguladores cuyo eje es la población. Para ello, por comodidad y conocimiento, utilizaremos el caso de Buenos Aires, ciudad cercada por innumerables discursos, atravesada por el violento choque de sus propuestas urbanas que terminarán cristalizando en una cierta economía política del espacio. "Será necesario hacer una crítica de esta descalificación del espacio que reina desde hace varias generaciones"² menciona Foucault, quizás lo estemos realizando.

II. CIUDADES MALDITAS

¹ Foucault, Michel: *Genealogía del racismo*, Altamira, Buenos Aires, 1996, pág. 202.

² Foucault, Michel: "Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía" en *Microfísica del poder*, La piqueta, Madrid, 1992, pág. 126.

El silencio profundo y sepulcral de la muerte tiende a instalarse en cada rincón de una ciudad desaparecida. Su lenguaje sólo se escucha en ecos muy lejanos por aquellos que se atrevieron a mirarla a los ojos; de allí provienen las voces que nos servirán para su reconstrucción; de Engels a Dickens; de Quiroulet a Wilde, de Chadwick a Dupont, toda una serie de indagaciones que tienen como objeto ese entramado caótico de calles, pasajes y viviendas; esa nueva Enoch: ciudad del pecado, ciudad maldita.

Un nacimiento inadvertido que puede rastrearse allá por los albores de la revolución industrial, arrastrada por el cauce del crecimiento explosivo del aparato de producción, la ciudad sigue el movimiento creciente de la acumulación de capital; cada nueva fábrica que se establece en la campaña lleva en sí el germen de una nueva ciudad³, un impulso que desarrolla en paralelo tanto la centralización de la industria como la concentración vertiginosa de hombres en el territorio. Al ritmo febril de las máquinas se va constituyendo un entramado caótico de edificios indiferenciados, un amontonamiento de viviendas donde cada casa está construida ocupando la totalidad del espacio disponible. Grandes laberintos que se desarrollan formando anillos concéntricos alrededor de los enclaves industriales. La densidad del capital explica la densidad poblacional. Nacen así las ciudades clásicas de la burguesía: en suma, acumulación de cosas, acumulación de cuerpos.

Un nuevo escenario urbano que se expande naturalmente, que despliega su discontinuidad espacial en la superposición de viviendas sobrepobladas, en las calles sin empedrar, desiguales y curvas, como también, en el defectuoso y embrollado plan de construcción de la ciudad. Aquí reina un desorden infinito, lugar de confusión y mezcla, habitáculo de los que se encuentran al borde de la miseria, la suciedad y la corrupción. Cita obligada de vagabundos, ladrones, prostitutas y trabajadores informales que conviven en

los mismos espacios, en las mismas pequeñas callejuelas insalubres donde llevan una existencia sombría y desordenada.

Cercanía de los cuerpos, disolución de las costumbres. Toda una geografía del mal que propicia un reino del pecado, un ámbito indiferenciado y homogéneo donde van apareciendo los grandes temores que acecharon al siglo XIX: los contactos corporales indecentes, el relajamiento de las máximas morales, el comercio sexual clandestino, las epidemias fatales; el temor al contagio de toda esa oscura región atravesada por la suciedad de los cuerpos, por la podredumbre de las almas. Así se van conformando todo un cúmulo de imágenes que tienden a cercar aquella zona de calles estrechas, ruinosas y sucias⁴ donde la promiscuidad del espacio ejerce su imperio del mal.

Por un lado, insalubridad, congestión, contagio; por el otro, inmoralidad, ociosidad, delincuencia. Elementos que en la ciudad se encuentran solapados entre sí, ensimismados en la cercanía maldita del espacio. La experiencia que surge del trazado urbano aumenta el riesgo de lo indiferenciado, de lo que no puede ser absorbido por la lógica racional, ni alcanzado por las luces del poder. Una mirada que no logra ver más que confusión y mezcla en ese espacio homogéneo, pero también oscuro; que no percibe ninguna diferencia entre la corrupción de los cuerpos y la corrupción de las almas. Situada en esa intersección donde las imágenes se superponen, irá delineando un campo de dominio concreto, donde comenzarán a emerger los objetos de una cierta apropiación discursiva, instalando en el seno de cada discusión sobre la morfología urbana, una preocupación higiénica como también, una alerta moral.

³ Engels, Friedrich: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Diáspora, Buenos Aires, 1974, pág. 43.

⁴ *Ibid.*, pág. 77.

Operación silenciosa de síntesis en el espectáculo urbano de las impurezas. Un mundo de la contaminación que viene a impregnar toda la atmósfera urbana marcada por la descomposición de los cuerpos y de las costumbres. Allí, la diferencia no aparece a simple vista: los cuerpos transpirados amontonados en su desdicha parecen proclives a la disolución moral; suciedad en la carne, suciedad del espíritu. El mismo movimiento de fusión lo encontramos en los espacios reducidos de las viv⁵iendas, los olores fétidos, la falta de ventilación del entorno crea un ambiente pesado y saturado que propaga en el aire la fragancia del mal. En la inextricable mezcla de contagios morales y físicos y por virtud de este simbolismo de lo impuro, muy viejas imágenes han vuelto a la memoria de los hombres. Ahí están de nuevo, es el rostro de la ciudad maldita.

Infancia de las grandes ciudades, punto culminante de la era preurbanística. Las viejas callejuelas medievales retorcidas y angostas que envolvían el antiguo núcleo mercantil de cada territorio, ahora aparecen atiborradas de movimiento y actividad. Las magnitudes han cambiado y con ello, las cantidades puestas en juego: número de habitantes, proporción de viviendas, kilómetros de calles parecen desbordar la precaria topografía urbana existente. Los antiguos mercados localizados en el centro de la ciudad, y con ellos los viejos temores de corrupción física y espiritual, comienzan a desplegarse por todo el espacio social. El vicio halla por todos lados su camino y desciende con toda su abominación al corazón de la ciudad⁶. Cada calle se convierte en escenario de la transacción de cuerpos y cosas, con sus voces infernales, con sus contactos indiscretos, impregnan de ruindad toda la atmósfera de esos nuevos laberintos.

⁵ *Ibid.*, pág. 77.

⁶ Engels, Friedrich: *op.cit.* pág. 51.

La falta de espacios disponibles en materia de construcción, esa agresiva y caótica disposición de las viviendas, proviene de una característica esencial de las ciudades preurbanísticas: la repetición indefinida de elementos iguales que, vista en su conjunto, produce una tipología confusa de edificación. Superposición irregular de edificios, reagrupamiento anárquico y transitorio de los albergues, lógica inmanente de una ciudad que percibe el movimiento continuo de las mercancías y de los cuerpos en sus calles, que palpita al ritmo frenético de lo transitorio ofreciendo su oscura hospitalidad. Así nacen los *jerry buildings* coronando el imperio de lo circunstancial, esas viviendas baratas e inhóspitas multiplicadas hasta el infinito, donde se apiña una familia en cada habitación, donde se inscribe a esa población nómada que vaga por las ciudades.

Unas viviendas transitorias, cuna de epidemias para las poblaciones errantes; la falta de circulación del aire en las habitaciones cerradas y colmadas de cuerpos, no impide el movimiento constante de las multitudes por el espacio urbano. Allí aparecen los primeros problemas entorno a esa masa "amorfa y disoluta" que deambula por los barrios "decentes" llevando consigo el germen de la enfermedad. Problema higiénico-político, problema moral, que despertará a los más lúcidos exponentes del orden público de su largo letargo frente a las cuestiones urbanas.

El riesgo al contagio pone de manifiesto la cercanía corporal en la ciudad; los roces indiscretos de las calles, la contaminación de las aguas, la falta de alcantarillado que impregna el cosmos urbano de un olor nauseabundo, será fuente de inspiración para el surgimiento de una política de saneamiento de los barrios, de una nueva estrategia del espacio. Nos encontramos en el umbral de una cierta experiencia urbana, de una práctica espacial que comienza a resultar obsoleta frente a la combinación explosiva que propician las ciudades malditas; es precisamente allí donde se manifiesta la crisis, donde el poder, no

sin gran esfuerzo, apenas logra iluminar aquellas grandes lagunas de rincones oscuros y callejuelas enredadas.

Profusión de lugares recónditos, inaccesibles a la mirada de las autoridades que alcanzan a percibir sólo algunos tenues rastros de un mundo cercano y a la vez peligroso. En las sombras de estas oscuras ciudades se va desarrollando todo un mundo criminal que encuentra en los viejos muros de la confusión urbana un ambiente de resguardo y protección. Regiones misteriosas donde se irán ubicando toda la serie de ilegalismos dirigidos contra la propiedad. Una mutación de los peligros impulsada por el contacto directo y físico con la riqueza⁷ que aparece almacenada en los grandes docks de la era industrial. Así culmina el gran problema del poder en esta época; su obstáculo, el cerco que impone la discontinuidad espacial; su destino, será también el de las grandes ciudades.

Incompleta, transitoria y efímera; Buenos Aires también ha transitado por los senderos de una lógica espacial preurbanística que enmarca gran parte de la segunda mitad del siglo XIX. Incertidumbre natural de un crecimiento frenético, transitoriedad de las viviendas que sirven de asilo al creciente flujo de inmigrantes; movilidad de los cuerpos en la superficie discontinua e irregular de la ciudad. Existe un Buenos Aires caótico e intermedio, que nace en el fin de la Gran Aldea, que sirve de preludeo para la ciudad disciplinaria del Centenario⁸. No obstante, la ciudad maldita que se ubica en ese intersticio de las dos grandes imágenes conocidas, tiene una presencia material y tangible; una larga existencia mezclada con los continuos ensayos para su reformulación y ordenamiento; lugar próximo y a la vez lejano de múltiples preocupaciones en torno a la organización del espacio.

⁷ Foucault, Michel: *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1995, págs. 112-113.

⁸ Liernur, Jorge: "La ciudad efímera" en Liernur, Jorge / Silvestri, Graciela: *El umbral de la metrópolis*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993, pág. 177.

Una ciudad en expansión que observa los límites de su propia morfología; abrumada por los nuevos volúmenes de comercio y por el crecimiento continuo de sus habitantes comienza a demostrar su incapacidad para procurar una frágil estabilidad en materia urbana. Los obstáculos se filtran permeando una superficie improvisada: multitud de calles estrechas abrazando la zona comercial, reducto imposible para el tráfico mercantil; una población nómada que oscila, permanentemente, bajo los dictámenes del mercado de trabajo, colmando las arterias urbanas con la cercanía de los cuerpos. Un espacio atravesado por el movimiento continuo y disruptor del comercio que termina por saturar de mercancías y cuerpos el precario tejido urbano. Congestión y desorden, sello distintivo de una ciudad sensible a las nuevas magnitudes del desplazamiento.

Escenario de contrastes y confusión, incertidumbre generalizada; Buenos Aires se convierte en albergue de una masa importante de nómades urbanos que pueblan los alrededores de la Plaza de Mayo, circuito comercial y financiero de la ciudad. Allí prevalece la transitoriedad del espacio expresada en los modos precarios del habitar de la masa de inmigrantes que encuentran en el núcleo urbano un asilo, como también la posibilidad temporaria de estar en contacto con otros integrantes de su patria. La correspondencia se traslada al aspecto material y concreto de la lógica espacial, frente al nomadismo urbano de una ciudad que fomenta la circulación, se erige toda una arquitectura de viviendas transitorias que proporcionan el margen necesario de movilidad y dinamismo. Nacen así, los *jerry buildings* porteños, más conocidos como conventillos.

La lógica de la especulación inmobiliaria que impregna el espacio en las ciudades preurbanísticas promueve la multiplicación desenfadada de construcciones transitorias. Erupción de viviendas colectivas construidas con materiales de paupérrima calidad, con una sola puerta de calle, con las habitaciones abiertas sobre los patios interiores, letrinas en los

fondos; sin ventanas exteriores, salvo las pocas enrejadas del frente⁹. Familias enteras hacinadas viviendo en el contacto indiscreto de cada habitación; las precarias paredes que separan al núcleo familiar no aíslan, mezclan; la tenue luz que se filtra por algún farol de la calle no descubre, confunde. Un mundo indiferenciado marcado por la peligrosa cercanía corporal. Así se presenta a primera vista el conventillo: insalubridad general en el espacio improvisado del lucro.

Buenos Aires, paradigma de una ciudad transitoria que combina grandes obstáculos en el espectáculo cotidiano de la circulación; donde coexisten yuxtapuestos los grandes problemas que impulsarán al nacimiento de una política urbanística: por un lado, el nomadismo urbano que encuentra en las calles un refugio para cualquier tipo de control; por el otro, el conventillo, esas viviendas transitorias sobrepobladas de inmigrantes. En suma, dos caras de un mismo problema: la congestión del espacio, distorsión en el cercado político del cuerpo.

La última imagen que nos queda de esta ciudad transitoria es su presencia en los debates del Consejo Deliberante en 1887. Allí, se la menciona por última vez con la excusa de reglamentar los materiales de construcción para el núcleo céntrico de la ciudad. El autor del proyecto legislativo fue Dupont quien consideraba de competencia estatal la prohibición de "levantar o construir edificios y cuartos de madera dentro del perímetro formado por las calles Entre Ríos, Callao, Caseros y Brasil y los Paseo Colón y de Julio, y las Avenidas Alvear y Ministro Inglés"¹⁰. La reacción de Pellegrini no se hizo esperar, su posición sostenía la defensa del derecho privado y la libre empresa en materia de construcción, considerando inauditas las atribuciones que el Consejo Deliberante se tomaba al respecto

⁹ Scobie, James: *Buenos Aires. Del centro a los barrios 1870-1910*, Solar, Buenos Aires, 1977, pág. 191.

¹⁰ Actas del Consejo Deliberante citado en Liernur, Jorge: *op. cit.*, pág. 206.

para este tipo de medidas de reglamentación. Sin lugar a dudas, el dilema era otro: ciudad permanente ó ciudad transitoria. No habrá que esperar el resultado de la votación, la suerte estaba echada de antemano.

La impresión que recibimos de ese debate es la consolidación de un programa que tiende a dismantelar la esencia de las ciudades preurbanísticas: la lógica privada en el tratamiento del espacio urbano. De ahora en más, la ciudad y su entramado habitacional se convierten en una cuestión de interés público; el espacio ha sido confiscado por el Estado. No es un acto fundacional de toma de conciencia; ni tampoco un avance en la racionalidad que intenta regular las condiciones higiénico-habitacionales de la población; es una sensible mutación al nivel de las prácticas que viene desarrollándose con anterioridad manifiesta; estamos situados en ese umbral de fines de siglo XIX, donde se reestructura toda la economía política del espacio.

"Y finalmente, cuando ya no quedó nada aprovechable entre los tristes muros de la ciudad maldita, sus últimos moradores alejaronse definitivamente para ir a reunirse con sus compañeros en las ciudades de sus sueños"¹¹. A partir de 1887 se percibe una continua disminución entre quienes habitaban las paredes del conventillo¹²; el éxodo había comenzado. Tal vez, el destino no haya sido ese paraíso utópico diseñado por Quiroule, un nuevo orden había comenzado a instalarse algunos años atrás.

¹¹ Quiroule, Pierre: *La ciudad anarquista americana*, Tuero, Madrid, 1991, pág. 160.

¹² Entre 1887 y 1904 disminuye tanto la cantidad de conventillos en los distritos 1-6 (13-14 de la nueva nomenclatura) de 877 a 647, como también la proporción de habitantes de este tipo de viviendas sobre la población total de los distritos de 30,3 % a 25,2 %. Fuentes: Censo general... de la ciudad de Buenos Aires...de 1887, t. II, pág. 30; Censo general...de la ciudad de Buenos Aires... de 1904, págs. 6, 125. Citado en Scobie, James: *op. cit.*, pág. s/n.

III. LAS GUERRAS MÉDICAS

Un ejército de médicos, arquitectos e ingenieros se despliega por la ciudad. Sus tropas recorren las calles con una precisión calculada, con una atención infinitesimal; se infiltran en los barrios más densamente poblados hasta ahora inaccesibles a la mirada discontinua de un poder que tan sólo encuentra allí, mezcla y confusión. Sumergidos en esa laguna del pecado controlan gran parte del territorio en su red entretejida de vigilancia continua. Sus técnicas, los procedimientos de encuestas, informes y censos; su objeto, el cuerpo oculto en el cerco de piedra de las ciudades malditas.

Unas inspecciones continuas y permanentes que comienzan a minar al territorio como respuesta a determinadas situaciones de coyuntura: el rebrote de una epidemia, los peligros de una población errante, las zonas anegadas que mezclan los desechos formando un ambiente de toxicidad general. Allí, se realizará una operación de saneamiento del espacio, un trazado de líneas precisas: segregación efectiva de las zonas peligrosas; en suma: toda una estrategia espacial que tiene como objeto liberar a un cuerpo inmerso en el reino inmoral de la enfermedad y el contagio. Estamos presenciado el nacimiento de la profilaxis social en las ciudades modernas, unas medidas más útiles y austeras que tendrán en el urbanismo de la vigilancia su modelo ejemplar.

Dos movimientos paralelos que vemos asomarse en el horizonte de las ciudades tendrán el protagonismo exclusivo: por un lado, una sensible modificación en el estatuto de la medicina que abre su campo de experiencia a todo el universo social, constitución de una conciencia política que distribuye y clasifica la enfermedad en el espacio controlado de un Estado. Por el otro, una creciente preocupación de las autoridades nacionales por las condiciones físicas del ambiente; su interés, reglamentar las leyes de expropiación de

terrenos y ordenación del territorio; el medio disponible, la confiscación estatal del espacio privado. Nace así, la posibilidad de un determinado aislamiento en el ambiente congestionado de cuerpos; la urbanística moderna tendrá a su alcance, en el espacio liberado, la posibilidad de un observatorio constante para la mirada del poder.

Sin embargo, el camino no ha sido fácil. El cuerpo oculto en el reino indiferenciado de la oscuridad temeraria de la miseria y el desorden parece resistir cualquier intento de cercado. Han sido necesarias medidas extremas dirigidas al control espacial para retirar a ese cuerpo de la confusión reinante, confinarlo en una zona cerrada y compacta donde su inscripción pueda volverse a la vez más precisa y directa. Búsqueda incesante de un espacio puro, libre de la amenaza constante de la enfermedad y el contagio de las ciudades preurbanísticas. Control y clausura de las zonas patológicamente peligrosas, detención de la epidemia; inspección meticulosa en los domicilios, individuos atravesados por la mirada médica en el aislamiento higiénico del encierro. Unas técnicas específicas que irán minando el territorio en toda su extensión, vinculando la medicina al destino de la ciudad.

Un territorio recortado minuciosamente que amplifica por la disposición de su trazado un control que se vuelve más cercano y a la vez, más efectivo; donde el cuerpo queda atravesado por el movimiento de un poder cuya mecánica lo descompone hasta en sus más mínimos detalles y gestos. Una anatomía política que está naciendo en ese espacio cerrado de la clausura, en el cierre natural de una ciudad apestada atravesada por un trabajo ininterrumpido de vigilancia y control: imperativo higiénico-político que opera con la separación estricta de las zonas peligrosas.

Si la disciplina procede ante todo a la distribución de individuos en el espacio¹³ salvo en contadas excepciones recurre al modelo compacto y cerrado de la clausura. Otras técnicas más sutiles, difusas y efectivas vendrán a reemplazar aquel sueño médico de una ciudad inmovilizada y reglamentada hasta en los niveles más ínfimos y profundos de la existencia. La creación de un espacio disciplinario en la ciudad de la mezcla y el contagio tendrá reglas precisas y constantes que terminarán por diagramar el rostro de una ciudad artificialmente creada, dispuesta según la lógica específica de una topografía disciplinaria que enmarcará de vigilancia y control el destino de los cuerpos.

Descomponer esas aglomeraciones desordenadas de carne y piedra, reducir sus peligros e inconvenientes, concentrar las fuerzas en un espacio reducido y controlado. Programa incesante de un poder que requiere de una apertura espacial, de una brecha aséptica, en el ambiente indiferenciado de las ciudades del vicio y la corrupción. Para ello emplea una técnica específica de localización elemental: ubica a cada individuo en un espacio higiénico, liberado de la confusión y el contagio moral, en donde el cuerpo se vuelve accesible e identificable en cada uno de sus matices. A cada individuo su lugar; en cada emplazamiento un individuo¹⁴; de las combinaciones de un espacio dividido hasta su nivel celular nace la cuadrícula urbana, operación estratégica higiénico-política que se cristaliza en un determinado dispositivo planimétrico.

En la ciudad disciplinaria el apego a la cuadrícula es total, se encuentra reglamentado y justificado por diversos motivos higiénicos, por los más sorprendentes imperativos morales: perpendicularidad de las calles, circulación del aire viciado fuente de contagio y enfermedad; trazado de las cañerías y eliminación de los desechos, exigencia sanitaria; pero

¹³ Foucault, Michel: *Vigilar y Castigar...*, pág. 145.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 146.

también la grilla recorta un espacio analítico, proporciona un reticulado en cuya profundidad aparece el individuo investido por las relaciones de poder. Una espesa red de escritura envuelve al cuerpo en el cerco político del espacio, de ahora en más pasará a formar parte de los registros continuos y sistemáticos de las inspecciones domiciliarias. Informes y expedientes que captan al detalle todo un saber que se origina en esa inscripción celular, donde el número cívico de las puertas¹⁵ facilitará el registro de la población en la comunidad de los sanos.

Un territorio ocupado íntegramente por las disciplinas trasciende el diagrama político-administrativo del espacio. La cuadrícula es perfectamente legible en esa dimensión de observatorio individualizante, pero también opera como una geometría calculada que permite, por la distribución de los espacios abiertos, una vigilancia constante e ininterrumpida por la ciudad. Una mirada que recorre la superficie ocupada convirtiendo el espacio en un operador funcional, donde se articulan unos lugares que no sólo responden a la necesidad de vigilar, sino también a crear un escenario de prescripciones normalizadoras y correctivas. Técnica novedosa de la que se sirven las disciplinas, utilizan ciertos puntos estratégicos, ciertos emplazamientos funcionales para acceder al cuerpo de una manera más útil y económica, como también para corregirlo.

Segregar las zonas peligrosas, nido de enfermedades e inmoralidad; aislar los barrios obreros, peligro constante de rebelión; buscar la interrupción de las comunicaciones innecesarias e inútiles, impulsar la dispersión allí donde se manifiesta una alerta sanitaria. Estos movimientos tienden a formar un mapa de los sectores peligrosos de la ciudad; una geografía del mal que servirá de punto de apoyo para la instalación de ciertos dispositivos para la rectificación de las costumbres, para la corrección de los desvíos. A diferencia de la

¹⁵ Benévolo, Leonardo: *Historia de la Arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1994, pág. 46.

clausura de la ciudad apestada, estas medidas estratégicas funcionan mediante la división en zonas de la ciudad; la grilla urbana sirve también para la creación de ghettos, su geometría despiadada marca las regiones funcionales en donde instalar enclaves de vigilancia y normalización. Optimización del territorio en esta nueva economía política del espacio: vigilancia permanente en el sueño de una ciudad completamente medicalizada.

El espacio disciplinario emerge con la fuerza de una nueva disposición urbana que irá ganando terreno impulsado por las continuas presiones para la regularización y normalización del territorio. Las disciplinas se extienden por el cuerpo social grabando, con su trazado incesante, la superficie cuadriculada de la ciudad. Sin embargo, su programa sufrirá algunas modificaciones: un mismo movimiento que va desde un dispositivo cerrado, compacto y salvaje de la clausura estricta en la ciudad apestada, a una instancia de apertura y generalización de la vigilancia continua en la ciudad disciplinaria. Evolución significativa que marca el proceso de desinstitucionalización de las disciplinas, su generalización en el espacio; a partir de allí: no queda más que traducir en las piedras de la ciudad ideal, la suave efectividad del poder disciplinario.

Una ciudad diferente comienza a dibujarse en las continuas medidas adoptadas: efectividad estricta en las soluciones sutiles que responden a los inconvenientes de la era industrial. La ciudad de las disciplinas gana en intensidad, como también en discreción; alcanza a su objeto que descansa oculto en las grandes aglomeraciones de las mezclas cotidianas; pero también lo fija, implantando los cuerpos en el espacio liberado de la medicina. Ciudad en esencia antinomádica, que rompe las comunicaciones peligrosas, que descompone a esa masa errante de individuos que vaga por el territorio inscribiéndolos en las zonas controladas y funcionales de las que se sirve. De esta manera, la ciudad vehiculiza el poder, es un operador complejo en el cual "las tácticas y estrategias se despliegan a

través de implantaciones, de distribuciones, de divisiones, de controles de territorios, de organizaciones de dominios"¹⁶. En suma: una especie de cartografía política donde el poder alcanza sus más altos resultados.

Como cualquier otra expresión urbana, la constitución disciplinaria de Buenos Aires ha sido deudora del círculo entre pobreza y enfermedad que el siglo XIX tejió en torno a las ciudades preurbanísticas. Una declaración de guerra que la medicina proclama en su afán de terminar con el desorden, la inmoralidad y el contagio, ante unas autoridades que permanecen impávidas frente al crecimiento desmesurado de sus ciudades. Así, un conjunto de normativas basadas en una estrategia higiénico-moral irán moldeando, tanto la forma de intervención, como los preceptos de reordenamiento y reglamentación del territorio. Un programa urbanístico estricto para encauzar el espacio bajo los ribetes disciplinarios, donde el higienismo tendrá su lugar privilegiado.

La medicina pública cumple un rol fundamental en la construcción de la ciudad disciplinaria. Adyacente a la problemática urbana y en cercanía conspicua con las autoridades nacionales, la preocupación por detectar las causas de las enfermedades en las ciudades modernas se convierte en una cuestión de suma envergadura. El higienismo con su programa integral de reforma sanitaria diagrama una serie de medidas, prescripciones y sugerencias tendientes a la constitución de un espacio purificado, libre de partículas infectas, donde la enfermedad, totalmente erradicada, no sería más que un viejo recuerdo.

Sueño de una policía sanitaria que estructura su visión estratégica del espacio en concordancia con las teorías miasmáticas¹⁷ de la época, ampliación exasperada del antiguo

¹⁶ Foucault, Michel: "Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía"..., pág. 132.

¹⁷ Hasta la entrada del paradigma pasteuriano en ciencia, médicos y químicos basarán sus propuestas en el neo-hipocraticismo, es decir, en la creencia en que la enfermedad se origina en razón de cambios climáticos o

conceptos de higiene pública que de ahora en más, englobará en un programa amplio no sólo la preservación del espacio público sino, la "instrucción, moralidad, buena alimentación, buen aire, precauciones sanitarias, de todos los moradores de una comarca o de una ciudad"¹⁸. La intervención estaba asegurada: con el fervoroso intento de desalojar los miasmas pútridos de las habitaciones hacinadas y permitir la circulación benéfica del aire, el higienismo ingresa, por primera vez, en el espacio privado. Las puertas del conventillo serán abiertas.

Artículo 1°. "Todo hotel, casa de inquilinato y en jeneral toda casa en que se dé alojamiento ó sea habitada por más de una familia, queda sujeta á la inspección y vijilancia de los comisionados de manzanas, inspectores y comisiones de parroquia, así como de la Policia é inspectores de higiene de la Municipalidad"¹⁹. La epidemia de fiebre amarilla de 1871 marca el inicio de una serie de largas intervenciones, reglamentaciones y desalojos violentos de conventillos y casas de inquilinato. La guerra contra el aire confinado y todas sus imágenes morales, higiénicas y políticas, había comenzado; el cuerpo oculto envuelto en la atmósfera de la pobreza que descansaba entre los muros del conventillo, comienza a volverse accesible ante una mirada médica que lo atrapa en su densa red de vigilancia y control.

Asegurar la circulación del aire en las habitaciones y en las calles, inscribir a los habitantes del conventillo en una región segura, higiénica y saludable donde cortar, de una

estacionales, calidad del aire y de agua que consume una población, profesión o hábitos de los pobladores. Las "miasmas" son efluvios o emanaciones perjudiciales que se desprenden de los cuerpos enfermos, substancias en descomposición o aguas estancadas. Al respecto: Paiva, Verónica: *Higienismo y Ciudad: Buenos Aires 1850-1910*, Beca de Iniciación UBACyT, Buenos Aires, 1997.

¹⁸ Wilde, Eduardo: *Curso de Higiene Pública*, Imprenta y Librería Mayo, Buenos Aires, 1878, pág. 9.

vez por todas, la peligrosidad con la que se los asocia. Así se produce una modificación en materia de ordenamiento urbano y control sobre la vivienda que tendrá en la construcción de Casas para obreros su modelo ejemplar. Estrategia espacial que opera según el principio de los emplazamientos funcionales, una división en zonas que tiende a extraer a los habitantes del mundo inmoral y desordenado de los conventillos del centro de la ciudad para localizarlos en grandes instalaciones donde impera la separación estricta de las familias. Así se conforman esos grandes laboratorios de la conducta, experimentación de una localización más efectiva y sutil, como también de un programa de moralización integral basado en el domicilio permanente.

Allí, donde la inscripción territorial se convierte en una medida de salud pública, la batalla contra el nomadismo urbano ha sido ganada. Con cada nueva reglamentación irán desapareciendo las viejas imágenes del Buenos Aires transitorio y preurbanístico; sus últimos destellos se mezclan con los nuevos dispositivos antinomádicos: el hotel de inmigrantes, las casas modelo para obreros, la normativa cada vez más estricta en materia edilicia. Estos acontecimientos, sumado al establecimiento de una grilla cada vez más perfeccionada, permitirán la creación de un espacio disciplinario en Buenos Aires.

Siempre, unas respuestas a determinadas situaciones de coyuntura; la solución definitiva no se encuentra en la multiplicación de los conventillos modelo, ni tampoco en un asilo para inmigrantes que apenas durará hasta 1911. En estos años comienza a forjarse una política clara y definida por parte de las autoridades nacionales, basada en un nuevo higienismo, que impulsará la vivienda monofamiliar: núcleo de limpieza moral como también, de localización estricta.

¹⁹ Ordenanza sobre "Inspección, vigilancia e higiene de los hoteles o casas habitadas por más de una familia" del 14/6/1871. Citado en Paiva, Verónica: *op. cit.*, pág. 41.

IV. BIBLIOGRAFÍA

AAVV, *Sectores populares y vida urbana*, Clacso, Buenos Aires, 1984.

ARMUS, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

BENEVOLO, L., *Historia de la Arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1994.

BENJAMIN, W., *Poesía y Capitalismo*, Taurus, Madrid, 1998.

BERMAN, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1997.

BLUMENFELD, H., "Teoría de la forma urbana, Pasada y presente." En *The Journal of the Society of Architectural Historians*, Vol. 8, N° 3-4. Julio-Diciembre, 1949. Original en inglés: "Theory of City Form, Past and Present"

CAMUS, A., *La peste*, Unidad, Madrid, 1999.

DAFOE, D., *Diario del año de la peste*, Edicomunicación, Barcelona, 1997.

DÍAZ, E., *Buenos Aires una mirada filosófica*, Biblos, Buenos Aires, 2000.

ENGELS, F., *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Diáspora, Buenos Aires, 1974.

FOUCAULT, M., *El nacimiento de la clínica. Una arqueología a la mirada médica*, Siglo XXI, México, 1997.

FOUCAULT, M., *Genealogía del racismo*, Altamira, Buenos Aires, 1996.

FOUCAULT, M., *Historia de la locura en la época clásica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Siglo XXI, México, 1999.

FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1997.

- FOUCAULT, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1995.
- FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*, La piqueta, Madrid, 1992.
- FOUCAULT, M., *Tecnologías del yo*, Paidós, Barcelona, 1996.
- FOUCAULT, M., *Un dialogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza, Buenos Aires, 1995.
- FOUCAULT, M., *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, 1995.
- LE CORBUSIER, *Principios de urbanismo (La carta de Atenas)*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.
- LIERNUR, J. / SILVERSTRI, G., *El umbral de la metrópolis*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
- PAIVA, V., "Entre miasmas y microbios: la ciudad bajo la lente del higienismo. Buenos Aires 1850-1890" en *Area*
- PAIVA, V., *Higienismo y Ciudad: Buenos Aires 1850-1910*, Beca de Iniciación UBACyT, Buenos Aires, 1997.
- QUIROULE, P., *La ciudad anarquista americana*, Tuero, Madrid, 1991.
- SCOBIE, J., *Buenos Aires. Del centro a los barrios 1870-1910*, Solar, Buenos Aires, 1977.
- SENNET, R., *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización*, Alianza, Madrid, 1997.
- SIMMEL, G., El individuo y la libertad.
- VALLEJO, G., "Higienismo y sectores populares en La Plata. 1882-1910" en *Estudios del Habitat*
- WILDE, E., *Curso de Higiene Pública*, Imprenta y Librería Mayo, Buenos Aires, 1878.
- ZAMIATIN, Y., *Nosotros*, Tusquets, Barcelona, 1991.